



CAPITULO I.

La Caída de la Plaza de Torreón en poder de los revolucionarios capitaneados por Francisco Villa.

La noche había tendido su manto luminoso. Era un jardín azul lleno de rosas de oro. La Soberbia Sultana, la gran ciudad del Norte, reclinaba su frente y se adormía bajo el toldo glorioso de su cielo, en cuya transparencia se plegaban como una gasa vaporosa y ténue que se iba a diluir allá a lo lejos, tras la montaña enhiesta del Oriente, las nubes del incienso que quemaron sus hijos en la sagrada misa del trabajo.

Fuera, a los extramuros de la urbe gigantesca, se destacaban en el fondo incierto las esbeltas columnas que empenachadas de humo, se antojan en las horas de la contemplación como los centinelas avanzados de las huestes que en la eterna conquista supieron las victorias y palmas del progreso.

Jamás hubo silencio en sus confines; jamás el moho su amarillenta pátina puso sobre el acero de sus músculos.

¡Inmenso colmenar donde un millón de abe-

7
B
F
jas labraron el cerámen y pusieron la miel borrando las fronteras que dividen la luz de la tiniebla, los límites que marcan en orto y en ocaso el imperio del día y el de la noche.

Bullicio y movimiento por doquiera. Allá el ruido incesante de las máquinas; el eterno va y ven de las locomotoras cuyos ojos de cíclope al derramar su luz sobre las paralelas de los rieles, eran como la antorcha del progreso.

En el cá el trajín de siempre, el rumoreo creciente como un mar agitado, y la canción alegre que se eleva como una bossana inmenso de los pechos viriles de sus hijos.

Era el 7 de Octubre. Los últimos crespones de la tarde habíanse recogido en el poniente, como si se guardaran en las cuencas de la enorme montaña de Las Mitras.

Las anchas avenidas de la hermosa ciudad ofrecían el aspecto de un río que se desborda, de un torrente impetuoso. Una avalancha humana, inundaba sus plazas y sus calles. Todo era animación, todo contento; tranquilidad doquiera se sentía.

Los centros de reunión, eran, tan concurridos como siempre, el sitio más propicio al cambio de impresiones, y al recogimiento de rumores y especies y noticias acerca de los últimos sucesos de la agitada vida nacional.

La animación y la alegría reynantes, rompieron de súbito aquel día como a las 8 y media de la noche. Y un gesto de tragedia, presagiador de próximas desgracias, hubo de remarcarse en todos los semblantes contraídos y pálidos.

La noticia corrió con la velocidad de los relámpagos, comunicando a todos los espíritus un infinito aliento de tristeza, un soplo glacial; ambiente malhadado de incertidumbre y temores. . . .

¿Que era lo que pasaba? Uno tras otro, cer-

ca de cincuenta coches atestados de extraños personajes, desembocaban en aquella hora en el cruzamiento de las calles Zaragoza y Dr. Mier, deteniéndose frente al Hotel Iturbide.

Era una caravana inmensa y rara. Casi todos extranjeros, en sus rostros marcábanse las huellas de espantosas angustias, horas de privación y de desvelo.

—¿A qué venían? ¿Quiénes eran?

—Extranjeros que emigran y que llegan en busca de una poca de calma y de quietud. La llamada inmensa de la terrible hoguera de la revolución habíalos arrojado a nuestro seno.

Pocos momentos después, la noticia corría de boca en boca en medio de una alarma indescriptible.

¡La plaza de Torreón había caído en poder de las chusmas de rebeldes que capitaneaba Villa!

Y aquella exclamación que se escapaba de labios contraídos, balbucientes, era como el primer grito de amenaza para la ciudad fuerte, viril y progresista, a cuyas puertas nunca había llegado el espantable espectro de las revoluciones.

La ciudad despertó el 8 de Octubre como nunca alarmada. Medíase la trascendencia que para ella abarcaba la toma de Torreón. Las fuerzas revolucionarias que en número de diez mil hombres habían desde el día 30 de Septiembre capturado la plaza lagunera, acaso pensarían en extender el radio de sus operaciones, y descargar sus turbas sobre la gran ciudad que no en vano se llama la Chicago de México.

La desconfianza era inmensa. La calma muy relativa. Puédesse asegurar que desde entonces, los hijos de Monterrey se vieron amenazados por los pasos del espantable monstruo.

A las últimas horas de la tarde, como a las 5,

y media, los patios y andenes de la Estación Unión de los FF. CC. Nacionales, se veían invadidos por multitud de curiosos, ávidos de presenciar el arribo de los trenes militares, a cuyo bordo venían miles de personas que abandonaban la ciudad de Torreón.

No había la menor duda: lentamente, silenciosamente, entraron al andén cuatro enormes convoyes cargados de emigrantes.

Venían en el primero, los señores Generales Ignacio A. Bravo, Eutiquio Munguía, Antonio Escudero y Eduardo Caranza.

Las declaraciones de estos Jefes, confirmaban plenamente la noticia de la pérdida de Torreón, plaza que había caído en manos del enemigo, por haberla evacuado el general Munguía, jefe de las operaciones y de la División del Nazas.

Había sido un desastre sin precedente. Los relatos espantaban cada vez más, y la revolución cobraba a nuestra vista una fuerza creciente, arrolladora.

El Gral. don Felipe Alvérez había sido hecho pedazos en el combate de Avilez. Apenas si unos cuantos, de los ochocientos soldados que mandaba, pudieron escapar, librarse de la furia de las turbas de Villa.

La población estaba acobardada, y miraba acercarse momento tras momento, la fatal hora de angustia que irremisiblemente al fin tuvo que ser.

Pasaron algunos días. Las noticias de México despertaban remotas esperanzas. El Supremo Gobierno organizaba tropas en número suficiente para rescatar Torreón y contener el avance sobre las demás plazas.

A mediados del mes, los temores fueron cada vez más intensos. Sabíase que numerosos grupos de rebeldes se reconcentraban a los alrededores de



Señor General Don Adolfo Iberri.

Monterrey aunque a muy larga distancia.

El peligro estaba próximo, no obstante que el Gral. Guillermo Rubió Navarrete, cuya columna protegía Lampazos, afirmó repetidas ocasiones que los rumbos del Norte estaban dominados por completo por los bravos soldados de la Federación...

Desgraciadamente era inexacto. Continuamente se recibían noticias de la reconcentración de núcleos revolucionarios, y pronto hubo de saberse que a muy pocos kilómetros al Norte de Monterrey, se empezaban ya a sostener combates.

No cabía la menor duda que el objetivo de los revolucionarios era Monterrey.

Así lo había dicho el cabecilla Pablo González al encargado de la Fábrica de Cementos Hidalgo, cuando le exigió la entrega de diez mil pesos so pena de prender el edificio.

“Esperamos a fulano, a Jesús Carranza que está en Mamulique, a este, al otro y a Lucio Blanco para atacar Monterrey”. Así se lo habían dicho y así lo hizo saber.

En el transcurso de estos días, se recibió mala noticia, la noticia que más tarde hubo de ser fatal a Monterrey. Las fuerzas federales del Sr. Gral. don Joaquín Mass, habían recuperado la plaza de Ciudad Porfirio Díaz, evacuada por las chusmas revolucionarias de Jesús Carranza y de Gabriel Calzada.

Y decimos fatal, porque este núcleo, y el jefe de este núcleo, fueron precisamente los que se avanzaron desde entonces con rumbo a Monterrey.

Ante la amenaza, ante el peligro ya casi inminente de un ataque a la ciudad por parte de los rebeldes, el Comercio de Monterrey, el C. Gral. en Jefe de las Armas don Adolfo Ibarra y el Sr. Gobernador del Estado Lic. don Salomé Botello, se dirigieron telegráficamente a la Secretaría de Gue

rra y Marina, solicitando auxilio, envió de tropas.

El 22 de Octubre se recibió un mensaje del Sr. Gral. Blanquet, anunciando que ya se habían librado órdenes para que marcharan a Monterrey las poderosas columnas de los Grales. José Refugio Velasco y Arnoldo Casso López.

Algo como una esperanza flotó sobre los cielos ennegrecidos ya de la ciudad. Pero el avance de los rebeldes continuaba venciendo paso a paso. Como a las diez de la mañana de ese mismo día, llegaban a la Estación dos trenes militares conduciendo a 450 hombres que al mando del Teniente Coronel Ismael Tamez, no habían podido detener el empuje de un numeroso núcleo de rebeldes, que tras de un rudo combate lograron apoderarse de Salinas Victoria.

Salinas Victoria dista de Monterrey solo 22 kilómetros. ¡Ya estaban muy cerca! La noticia del desastre sufrido por el bravo Teniente Coronel Tamez, hubo de desconcertarnos y acrescentar los temores.

En la cercana Villa de Gral. Escobedo (Topo Grande) en los terrenos de la Hacienda del Canadá, en La Estancia y otros puntos situados a menos de dos leguas de distancia de Monterrey, se venían empeñando tiroteos desde tres o cuatro días antes.

El éxito alcanzado por las tropas federales e irregulares, era muy relativo; casi contraproducente, tal parecía que los rebeldes, sabedores de las condiciones de defensa en que se hallaba la plaza de Monterrey, trataban de diezmar con esos tiroteos a sus poquísimos guarnecientes.



CAPITULO II.

La ciudad se extremece a los primeros disparos. Combate en Ramón Treviño. La Defensa Social.

Estamos en el día 22 de Octubre.

La Estación de los Ferrocarriles Nacionales de México, la vemos como nunca desierta. Unas cuantas personas, buscadoras de noticias, recorren el andén nerviosamente esperando en vano el anunciado arribo de la columna del Gral. Velasco.

Son como las cinco y media de la tarde. La quietud del ambiente se extremece de pronto con el estampido de cuatro formidables disparos de cañón. El humo de la pólvora señala el sitio del combate. Es muy cerca de Topo Chico.

Pocos momentos después llegan en un armón algunos ferrocarrileros con el rostro desencajado, la mirada indecisa, sacudidos sus cuerpos por una conmoción intensa, extraña.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

Los ferrocarrileros, que en el armón se habían aventurado a llegar hasta el sitio donde el combate era cada vez más reñido, dijeron con grave acento:

—Está muy fea la cosa. Se están agarrando aquí no más en la Estación de Ramón Treviño, a 5 minutos de ferrocarril por la vía de Matamoros. Los revolucionarios tratan de flanquear a los federales, a fin de apoderarse de sus dos piezas de artillería.

Los disparos eran continuos y el humo de la pólvora se veía como un manchón blanco sobre la

falda azul del cerro de Topo Chico.

Media hora más tarde, los andenes de la Estación estaban completamente desiertos. Los buscadores de noticias que a ellos habían concurrido en espera de la llegada de la columna del Gral. Velasco, se habían retirado ya perdida toda esperanza.

De pronto, un movimiento inusitado volvió el mirar de todos a la polvosa calzada de la Cervecería Cuauhtemoc. En la esquina sureste de la Estación, se aglomeraban las gentes viendo con ojos estupefactados los arzones que llegaban conduciendo a un gran número de heridos federales.

Detrás, a todo correr, venían unas mujeres con sus míseras ropas convertidas en harapos; llorando se decían las unas a las otras: "los llevan al cuartel, sí, pobrecitos, les quitaron los cañones".

Aquellas palabras, dichas con la amargura del dolor y un profundo desencanto, dejaron en los ánimos de quienes las oyeron una infinita huella de tristeza, arreciando el temor que para aquella hora embargaba del todo los espíritus.

Los revolucionarios, como habían dicho los ferrocarrileros que hemos visto llegar sobre el armón que fuera hasta Ramón Treviño, habían logrado su intento, es decir, apoderarse por medio de un flanqueo, de las pequeñas piezas de artillería que, sin embargo, hubieron de causarles innumerables destrozos.

Trasladémonos ahora al centro de la ciudad. Una agitación intensa, una alarma indescriptible se notaba por doquiera. Los numerosos transeuntes que a esas horas inundan diariamente las calles de Morelos, Zaragoza, Dr. Mier, Matamoros y adyacentes, apresuraban el paso, deteniéndose cuando mucho breves instantes para preguntar exaltados sobre la última noticia

Todas eran lamentables. El peligro estaba ya a las puertas de la ciudad, ¡Tal vez esta noche! ¡Quizá mañana a las primeras horas!

¿Y de refuerzos?

—Nada. El Gral. Velasco no tiene para cuando

Los Teatros del Progreso y el Salón Variadas del mismo nombre, se vieron esa noche completamente solos. El mundo todo se había recogido en su casa, remachando las puertas y ventanas.

Como a las 9, se supo plenamente que los revolucionarios iniciaban su avance; que habían dejado atrás la cercana Villa de Topo Chico, que su avanzada se hallaba en los terrenos de Bella Vista, tras de los muros rojos de la Cervecería Cuauhtemoc.

La amenaza terrible estaba ya a las puertas de Monterrey. El espectro monstruoso de la revolución, dibujaba a esas horas entre la obscuridad del apartado rumbo, su mueca grotesca y trágica como nuncio de ruina, de encarnizada lucha y de exterminio.

A las oficinas de redacción de los diarios EL NOTICIERO y EL POPULAR, llamaban continuamente los repiques del aparato telefónico, inquiriendo noticias sobre de la llegada del Gral. Velasco.

—Se dice muy vagamente, y en conductos privados, que llegará mañana a las 5 de la mañana.

¡Estábamos perdidos! Para las 12 a lo sumo, los carrancistas emprenderían seguramente el ataque.

En las Oficinas del Cuartel General de la plaza, en los salones del Despacho del C. Gobernador del Estado y en la Presidencia Municipal, había en esa misma hora un movimiento inusitado y continuo.

Las calles empezaron a inundarse a los alrededores del hermoso edificio del Palacio del 5 de Mayo, con pelotones de soldados que recibían órdenes de marchar y estacionarse en tales y cuales puntos.

La ciudad se preparaba a defenderse del formidable empuje de la horda destructora, que sedienta de sangre y de exterminio se hallaba ya en sus goteras.

Los denodados jóvenes del Cuerpo cívico de la Defensa Social, organizado unos cuantos días antes por el Sr. Ing. Don Genaro Dávila, hacían guardia en las alturas del Palacio del Poder Ejecutivo del Estado.

Tres grandes plataformas de los trenes eléctricos, desembarcaban en el mismo edificio enormes cantidades de cajas de parque.

La tragedia espantosa comenzaba. La gran ciudad del Norte, la que siempre sintió sobre su seno el constante va y ven de sus hijos que en la lucha gloriosa del trabajo hubieron conquistado las palmas y los triunfos del progreso, mirábalos ahora correr de parte a parte, silenciosos, pensativos, empuñando las armas que para defenderla, habían de hacer correr torrentes de sangre hermana.

CAPITULO III.

El 23 de Octubre.-La Ciudad en estado de defensa.

Después de toda una noche de inquietudes y zozobra, en cuyas largas horas fué imposible el conciliar el sueño, los primeros destellos de la au-

rora, pálidamente tristes, llovían con timidez sobre las calles desiertas, silenciosas como nunca.

En vano se esperaba el de partir sonoro de otros días. Todo tráfico habíase suspendido, y los pocos transeuntes que aquella hora pretendieron cruzar las líneas de defensa marcadas por la noche, tuvieron que volver a sus hogares; había órdenes estrictas del General en Jefe de la plaza para impedir el paso a quienes no portaran el permiso expedido por el Jefe de su Estado Mayor.

Abarcando una zona comprendida de Norte a sur, desde la calle de Aramberri hasta el Río de Sta. Catarina, y de Oriente a Poniente desde la de Diego de Montemayor hasta la de Cuauhtemoc, todas las desembocaduras se encontraban cerradas por grupos de soldados federales en actitud defensiva.

El Sr. Gral. Adolfo Iberri, teniendo en cuenta las condiciones de la plaza y la poquísima tropa de que disponía para defenderla, apenas seiscientos hombres que habían logrado reunirse con los destacamentos que durante tres días habían peleado a los alrededores, dispuso en esa forma la situación de tropas calculando que su reducidísimo número impedía por completo ensanchar de ningún modo el radio de operaciones.

A pesar de todo esto, se procuró reforzar aunque con pocos hombres, las guardias de la Penitenciaría del Estado y los Cuarteles situados frente a la plaza de Armas.

El Palacio de Gobierno se hallaba convertido para las 6 de la mañana, en una verdadera fortaleza. Frente al edificio, alistábanse rápidamente las únicas dos piezas de artillería con que contaba la guarnición para rechazar el formidable empuje de los asaltantes.

Los denodados jóvenes de la Defensa Social estaban ya apostados en las alturas de Palacio, y

coronando la cúpula del Templo del Sagrado Corazón de Jesús.

El centro de la ciudad presentaba un aspecto jamás visto. Las casas comerciales, grandes almacenes de ropa, Hoteles y Cantinas yacían con sus escaparates y puertas herméticamente cerradas.

Allá de vez en cuando, cruzaba rápidamente algún transeunte que fuera a abastecerse de provisiones y víveres sin saber para que tiempo.

En lo alto de las casas, residencias de los Sres. Cónsules Extranjeros, flotaban las banderas de sus países.

Tendidos a lo largo de la calle de Dr. Mier, se encontraban los carros de la Compañía de Tranvías, que fueron trasportados a primera hora al centro de la ciudad, de la estación situada frente a la de los ferrocarriles Nacionales de México.

La ciudad vivía sus últimas horas de asfixiante y desesperadora calma; calma sepulcral, terrible, turbada a largos trechos por la vertiginosa carrera de algún auto que protegido con magnífica ametralladora, corría de extremo a extremo dando las últimas órdenes del Gral. en Jefe.

Serían las 9 y cuarto de la mañana, cuando una carga cerrada de fusilería se escuchó por el Norte.

¡La lucha había empezado! Los revolucionarios, establecidas sus bases de operaciones tras de la Cervecería Cuauhtemoc y en la Fundición No. 3, lanzaron sus primeras columnas de asaltantes que fueron recibidas con un nutrido fuego de fusilería por los soldados de la Federación.

Media hora más tarde, la línea de fuego se convertía en un círculo completamente cerrado. Los revolucionarios atacaban furiosamente por el Norte a lo largo de la Calzada de la Unión, por el Sur, siguiendo la margen derecha del Río de Santa Catarina, por el Oriente ocupando los terrenos cerca



al. Ricardo Peña.

Los grabados que aparecen en este folleto son de los talleres del s. manario ZIG-ZAG.

nos a la barriada de La Luz, y por el Poniente, tratando de apoderarse de los Cuarteles de Infantería.

La lucha era cada vez más encarnizada y terrible; el fuego de la fusilería atronaba por todas partes sin dar tregua un momento. El traqueteo de las ametralladoras ensordecía, y los estampidos del cañón convulsionaban a la ciudad entera.

Sin duda alguna que los revolucionarios lanzaron sus más fuertes columnas por el Norte, ya que para aquel rumbo el fuego era nutridísimo.

Efectivamente: un grupo de soldados de la Brigada del infortunado Gral. Don Miguel Quiroga, luchaba con desesperación contra un núcleo de cuatrocientos revolucionarios que con encarnizamiento inconceivable se lanzaban sobre las posiciones de defensa.

Y aquel puñado de hombres, envuelto ya en un círculo de fuego, diezmado por completo, impotente para resistir el formidable empuje de los enemigos, tuvo que replegarse y sucumbir.

El Sr. Gral. Quiroga, después de haberse batido con un valor rayano en la temeridad, cayó atravezado por las balas de los revolucionarios.

Imprecaciones y gritos; rugidos siniestros, voces estentóreas anunciaban el triunfo que acababan de alcanzar los asaltantes, quienes siguieron su avance hasta la desembocadura de la calle de Zaragoza.

Eran como las 10 de la mañana.

El fuego de la fusilería, obstinado y terrible, daba a entender a los vecinos amontonados bajo los techos de sus casas, que la lucha era desesperada y angustiosa.

El encornizamiento de la azotea del Palacio de Gobierno semejaba una cinta de fuego. Algunos soldados y los miembros de la Defensa Social,

hacían certeras y repetidas descargas sobre los invasores.

El joven Subteniente Julián Muñoz, pudo notar, en medio de las nubes de pólvora que formaban un denso cortinaje por la Calzada Unión, que los rebeldes enfilaban una pieza de artillería en su cruzamiento con la expresada calle de Zaragoza.

Bajó rápidamente, en medio de la lluvia de balas, a preguntar al Capitán Alvarez, encargado de los dos únicos cañones que defendían la plaza y que se hallaban situados a uno y otro lado del Palacio, si la pieza que había visto pertenecía a los defensores o a los asaltantes.

Un segundo de espera, y pudo convencerse, por un certero disparo, que pertenecía a los segundos.

El Capitán Alvarez movió entonces uno de sus cañones hasta ponerlo en la esquina del Templo del Sagrado Corazón de Jesús, en tanto que el Subteniente Muñoz trepaba hasta la cúpula, precisando con su anteojo el sitio y la colocación de la artillería enemiga.

El Capitán Alvarez hizo un disparo explorador. Un grito se escuchó desde la altura del templo: "Cincuenta metros abajo mi capitán" y a un segundo disparo sucedió esta exclamación triunfadora: ¡Viva el Supremo Gobierno!

La pieza de los rebeldes había sido desmontada por el magnífico tiro del Capitán Alvarez.

Sin embargo, los revolucionarios avanzaban ya por la calle de Zaragoza en dirección al Palacio.

La plaza de los Cuarteles, cuyos edificios habían sido ocupados ya por el enemigo después de un rudo combate, estaba atestada de revolucionarios, que en partidas de cincuenta, y cien y doscientos hombres, se iban desprendiendo para ata-

car las bocacalles de la Calzada Progreso, Juárez, etc., hasta la de Zaragoza.

Varias veces tuvieron que retroceder ante el fuego nutrido y mortífero de los federales. Partidas de cien hombres hubo que quedaran reducidas a de cinco y de seis, que retrocedían a toda carrera hasta la plaza de Armas solicitando más y más refuerzos.

La avalancha revolucionaria se dejó entonces venir por la calle de Zaragoza hasta llegar a la de Aramberri, donde los federales se hicieron fuertes convirtiendo sus reductos en sitios inexpugnables.

La pelea sostenida en este punto llegó a momentos terribles, en que defensores y asaltantes, en medio de rugidos de cólera, de imprecaciones y amenazas tuvieron que batirse cuerpo a cuerpo.

Los soldados federales tuvieron a raya a los carrancistas, que en vano pretendieron tantas y tantas veces rebasar aquella línea.

El fuego acrecentó entonces hacia la parte Sureste de la población. De manera simultánea, los revolucionarios desprendieron gruesas columnas de ataque por la barriada de La Luz y el camino de la Villa de Santiago a las inmediaciones del plan del Río de Santa Catarina.

Otra gruesa columna pretendió apoderarse de los puntos dominantes por el Obispado, siendo rechazada vigorosamente por sus poquísimos defensores.

La artillería situada en el Palacio de Gobierno, tuvo que disparar continuamente por espacio de cinco minutos como a las 12 del día, sobre la extensa barriada de la Independencia (San Luisito) donde la amenaza era terrible, pues la plebe aguardaba el momento oportuno para levantarse y engrosar los núcleos carrancistas a fin de invadir el centro de la población.

¡Largas horas de angustia, de desesperación! Perdida toda esperanza, en vano se esperaba recibo de algún refuerzo. Había la seguridad de que la plaza tendría que sucumbir al fin y al cabo.

Como a las 12 y media, el tiroteo decreció un poco, y pudieron oírse las vigorosas notas del toque del clarín anunciando diana.

El ánimo, abatido hasta entonces, sintió el renacimiento de una remota esperanza de salvación. Una gritería estruendosa de ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el Ejército Federal! levantó por momentos inusitado entusiasmo.

—Han llegado refuerzos, se decía.

—Vino el Gral. Velasco, la Brigada de Argumedo, el Gral. Casso López.

Y en esta inteligencia vivimos largas horas, al cabo de las cuales la esperanza desaparecía, pues el fuego continuaba tan nutrido como siempre.

—¿Qué significaba entonces aquel toque de diana?

—Que las fuerzas federales que defendían la calle de Aramberry acababan de rechazar con grandes pérdidas al enemigo que hubo de retroceder bajo una copiosísima lluvia de balas hasta la Calzada de la Unión.

En términos generales, pero hemos relatado, aunque sea a vuela pluma, el primer día de combate; el día terrible, el del poderoso empuje, el del esfuerzo decisivo.

Faltaba la noche, que se avecinaba ya con sus sombras presagiadoras de espantos y desgracias. Todavía abrigábamos la creencia de que los revolucionarios redoblarían su empuje para tomar la plaza a aquellas horas. La obscuridad los favorecería, ya que los federales se hubieran visto imposibilitados para hacer uso de sus dos cañones.

Como a las seis de la tarde cesaron los fuegos,

oyéndose solamente a largos intervalos, la descarga de algunos fusiles, o el rápido traqueteo de una ametralladora.

Así como dejamos relatado el día 23, relataremos a vuela pluma el 24, reservando para otros capítulos la narración suscita y detallada de todos los episodios que se registraron durante los dos días.

La noche había tendido su manto luminoso lleno de rosas de oro. El silencio envolvía a la ciudad entera. Un cielo azul, purísimo, evocaba horas de paz, de amor y de concordia.

Los astros reflejaban su brillo centelleante sobre las charcas de sangre de tantos y tantos muertos, y sus destellos llovían piadosamente sobre los bravos que su vida dejaron en cumplimiento de un deber sagrado.

CAPITULO IV.

Segundo y último día de combate.
La ciudad se salva. Llegan con
4,000 hombres los Grales. Ocaranza, Peña y Anaya.

Muchas fueron las personas que aprovecharon los momentos de tregua y relativa calma de las primeras horas de la mañana del día 24, para trasladarse de los lugares donde el día anterior la amenaza y el peligro fueron constantes, a aquellos sitios donde creyeron protegerse mejor.

¡Cuántas gentes abrigaron la creencia, la risueña esperanza de que todo había concluído!